

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

CONDENADO



RONALD COLMAN - ANN HARDING

50

CTS. EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ 10 M.
BARCELONA

ARGUMENTO
COMPLETO

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, núm. 10 bis
Teléfono 18551. - BARCELONA

Año I

N.º 14

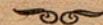
Condenado

Cautivante asunto dramático, admirablemente
interpretado por

RONALD COLMAN, ANN HARDING,
LOIS WOLHEIM, etc.

Es un film

UNITED ARTISTS



Distribuido por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 60 y 62
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Condenado

Argumento de la película

I

El barco se dirigía a la temible "Isla del diablo", famosa por su presidio.

Muy pocos camarotes tenía aquella nave. Los indispensables para la tripulación. Lo demás era como una gran jaula de fuertes barrotes dividida en numerosos departamentos.

En el interior, entre los fuertes hierros, se veían algunas formas humanas. Rostros pálidos y sin afeitar, ropa sucia y andrajosas. Eran los que iban a pagar sus culpas en la siniestra soledad de la "Isla del diablo".

Allí estaba el famoso Jacques. No era la primera vez que hacía aquel viaje y se jactaba de tener sobre la travesía y lo que vendría después de ella conocimientos de que los demás no podrían blasónar.

Daba instrucciones a sus compañeros acerca de lo que habrían de hacer cuando llegaran al presidio, añadiendo recomendaciones sobre la actitud que debían adoptar.

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

MPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76307

**PROHIBIDA LA
REPRODUCCION**

Y a cada consejo ponía esta muletilla:

—Os lo dice quien está bien enterado.

Jacques llevaba escrito en el rostro lo que era. Había en sus facciones algo siniestro y patibulario. Su risa era un gesto feroz y la brutalidad se evidenciaba en sus menores movimientos.

Jacques interrumpió uno de sus relatos para exclamar alegramente:

—¡Tenemos tempestad! No seríamos los primeros que nos libráramos de la "Isla del diablo" gracias a un naufragio oportuno.

En efecto, el barco brincaba, cabeceaba y se balanceaba como una cáscara de nuez. La tripulación luchaba desesperadamente con la tempestad. Se oían voces de mando, mezcladas a los rugidos del mar y al batir de las olas contra el casco de la nave.

Los presos, asidos a los barrotes, esperaban con ojos dilatados por la avidez que la situación se resolviera en un sentido o en otro, con la calma o con el naufragio.

Ellos anhelaban lo último. Si hubiera que dar el grito de "¡Sálvese quién pueda!", les abrirían las puertas de la férrea prisión. No iban a dejarlos morir como perros.

Pero estas esperanzas se desvanecieron después de una espera que les pareció interminable.

La furia del mar se fué calmando y a la agitación de lucha y al fragor de los elementos desatados, siguió un silencio letárgico y una quietud mortal.

No había esperanza. El cielo no había querido librarles del tormento de la "Isla del diablo", cuyo régimen penitenciario era en cierto modo más cruel que la muerte.

Llegó el barco a la isla. Vigilados como un rebaño, desembarcaron los presos. En el desembarcadero les esperaba la tropa que los condujo al presidio.

Los pusieron en fila una vez estuvieron en el recinto de la prisión. Jacques dijo a su vecino:

—Verás las pamplinas que tenemos que hacer. Es mucho más fácil entrar en un hotel de lujo que ingresar en un presidio. Allí te hacen firmar y asunto concluido. Aquí te hacen el padrón completo y hasta te hacen una foto.

En efecto, los presos iban desfilando por las oficinas y sometiéndose a las molestias de una filiación rigurosísima.

Le tocó el turno a Jacques.

—¿Cómo se llama usted?

Y bastó al empleado oír su nombre para saber, por los documentos recibidos previamente, que estaba condenado a trabajos forzados y que era de los que convenía vigilar estrechamente.

—¿Por qué está usted aquí? —preguntó.

—Por mi mujer —repuso Jacques con gran tranquilidad.

—¿Cómo por su mujer?

—Sí, señor. Se puso tan impertinente que no tuve más remedio que degollarla.

El empleado comprendió por qué el informe decía que era de cuidado aquel hombre.

Pasó a la sala fotográfica y lo retrataron de frente y de perfil.

Después de otros requisitos, pasó al patio del presidio donde los presos iban formando para pasar la primera revista y recibir las primeras instrucciones.

Ahora le tocó el turno a un joven llamado Michel.

Había algo interesante en la mirada de aquel hombre, serio pero simpático y arrogante, a pesar del mal estado de sus ropas.

Sus ojos, oscuros y profundos, tenían fulgores de sagacidad e inteligencia y en sus modales había un sello imborrable de distinción. Era evidente que en aquel temperamento no faltaban ni el carácter ni la sensibilidad.

—¿Sería posible que también aquel hombre hubiera matado a alguien?

Preguntó el empleado:

—¿Por qué está usted aquí?

—Por robo.

—¿Nada más?

—Robé dos veces.

—Comprendido: la falta está agravada por la reincidencia.

—Sí, señor.

—Pero eso no quiere decir que haya robado usted dos veces.

—Dos veces con mala fortuna. Las demás no hay que contarlas.

Hablabía con naturalidad, como el que comenta los hechos más corrientes de la vida diaria.

“Es un ladrón, pero un ladrón inteligente y simpático”, pensó el empleado.

Recibió el número y el uniforme, posó en dos posturas ante la cámara fotográfica y pasó al patio a formar con los demás presos.

II

El director del presidio, Juan Duval, estaba en aquel momento entregado a los placeres de la mesa.

Era un hombre de aspecto rudo y antipático. Daba la impresión de haber salido de la masa de presidiarios cuyos destinos dependían ahora de su gobierno y del humor con que se levantaba.

Comía groseramente. Su esposa le servía.

¡Qué diferentes uno de otro!

El, tan rudo y tan zafio. Ella, tan femenina, tan bella, tan espiritual y exquisita.

La señora de Duval era mucho más joven que su marido. Fribaba en los veinte años mientras él no cumpliría ya la cuarentena.

Le servía con sumisión, con una dulzura pensativa, mientras el marido devoraba sin la menor urbanidad los abundantes manjares que ella iba colocando al alcance de su mano.

Bastaba contemplar aquel semblante femenino y especialmente la clara profundidad de aquellos ojos, para comprender que la joven esposa era víctima de un error matrimonial.

Evidentemente, no era el amor lo que había unido a aquellos dos seres. En modo alguno pudo tan encantadora y delicada criatura enamorarse de un hombre en el que se acumulaban todos los defectos físicos y acaso también espirituales. Y si no había presidido el amor aquel enlace y, a falta de él, no podía esperarse la atenuación del respeto mutuo, de la estimación o de la simpatía, ¿sobre qué base podían sentar los cónyuges la esperanza de felicidad?

Y he aquí cómo, al mismo tiempo que la desavenencia, flotaba el misterio sobre aquel matrimonio.

Continuaba él comiendo vorazmente y prescindiendo de las reglas de urbanidad más elementales.

Y ella continuaba sirviéndole en silencio, sin un comentario, sin una palabra de queja o de desagrado, como la que se ha impuesto un sacrificio y está resuelta a cumplirlo cueste lo que cueste.

Fué Duval el que dijo de pronto:

—Es una pejiguera que tengas que molestarte tú en hacer de criada.

—¡Qué importa! —repuso ella con un tono de renunciación.

—¡Vaya si importa! No es cosa de que esas manos tan bonitas se echen a perder.

Y añadió con súbita resolución:

—Mañana tendrás un criado a tus órdenes.

—¿Un criado?

—¿Preferirías una criada? Lo siento. En eso sí que no puedo complacerte. Digo un criado porque a este presidio no vienen mujeres.

—¿Pretendes introducir en esta casa a un presidiario?

—¿Por qué no?

—Sería horrible. No estaría tranquila teniendo a mi lado a un malhechor.

—Te lo elegiré lo menos terrorífico posible.

—No, no. Prefiero hacer yo las cosas.

—Te advierto que no todos los presos son asesinos.

Y soltó una risotada.

—Algunos incluso resultan unos infelices.

—Te suplico que...

—No se hable más del asunto. Te traeré un preso y si te desagrada lo haremos volver al penal.

Dió por terminada la comida y se dirigió al patio donde estaban formados los nuevos reclusos.

Recorrió la fila con una rápida mirada y luego explicó con una sonrisa de refinada crueldad:

—Vosotros estáis pensando en que aprovecharéis la primera oportunidad para huir. A todos los que llegan aquí les ocurre lo mismo. Pero bien pronto se convencen de que la huída es cien veces peor que los trabajos forzados, porque huir es morir. Por un lado está el mar. Por otro, la selva misteriosa, con todos sus peligros. Ningún fugitivo ha logrado contarlo. Todo el que se ha

escapado ha aparecido al poco tiempo flotando sobre las aguas o se ha hundido para siempre en el abismo de la selva.

Y una mueca que pretendía ser una sonrisa dilataba sus labios.

Les dirigió algunas palabras más relativas al régimen penitenciario y ya los iba a mandar a su alojamiento, cuando recordó el asunto del criado.

Los fué llamando uno a uno y enterándose del motivo que les había llevado allí.

Ninguno le parecía digno del *alto cargo* con que estaba dispuesto a obsequiar a uno de los reclusos.

Hasta que le tocó el turno a Michel.

Michel no era más que un ladrón. Los verdaderos ladrones, por lo regular, se jactan de ser enemigos de delitos más graves. Esto era muy digno de tener en cuenta. Un hombre que detestaba el crimen y al que repugnaba todo derramamiento de sangre no podía resultar demasiado terrorífico.

Además, aquel joven no estaba mal de presentación.

Pero, ¿sería verdad que era solamente un ladrón?

—A ver las manos—le ordenó de súbito.

Las mostró Michel.

Eran unas manos finas, desprovistas de durezas y deformaciones, unas manos cuidadas, de dedos resbaladizos y como hechas para filtrarse en los bolsillos ajenos. Conocía bien las manos de los carteristas.

—Perfectamente. ¿Qué has hecho tú antes de venir aquí?

—Robar.

—Nada más.

—Le parece a usted poco?

—Quiero decir que si has tenido algún oficio.

—El de “sustractor” y basta.

—¿No has sido nunca criado?

—No, señor.

—Bien. Pues vas a serlo. Desde mañana trabajarás en mi casa como criado.

Dicho esto, les volvió a todos la espalda con un gesto despectivo y dió el acto por terminado.

III

Era la hora de acostarse. El gran dormitorio estaba lleno de humo y de ruidos diversos. Los presos fumaban, jugaban a las cartas, discutían.

El penal de la “Isla del diablo” es distinto a la mayoría de los penales. Allí no hay celdas y la vigilancia es muy relativa. Los presos gozaban de cierta libertad que les niegan en otros presidios. Pero es que en la “Isla del diablo” la vida, aun en libertad, es sencillamente insopportable. La huída es un suicidio y la permanencia en el penal, cumpliendo el régimen penitenciario, una muerte lenta. Las enfermedades, el sol que abrasa, el agotamiento que la asfixiante temperatura produce en los cuerpos humanos deja al hombre en un estado tal de extenuación que afrontar la violenta actividad de los trabajos forzados es un verdadero martirio.

Por eso de cada cien hombres que hacen la triste travesía a la “Isla del diablo” vuelven noventa.

Y por eso se les permite fumar, jugar a las cartas, hablar, distraerse.

Las literas estaban en grupos de dos, unas sobre otras.

Jacques y Michel se reunieron en uno de estos grupos.

—¡Hombre, qué casualidad!—exclamó Jacques—. Nos ha tocado estar juntos. El más novato y el más veterano.

Michel tuvo un gesto de modestia. Comprendía que él no podía compararse con un hombre que rebana una yugular como quien corta una rodaja de salchichón.

—Te protegeré—añadió Jacques con un gesto magnánimo—. Acuéstate tú arriba y yo ocuparé la litera de abajo. En la de arriba se está mucho mejor.

—Gracias.

—Yo te enseñaré a ser un presidiario de categoría. Claro que si mañana se te lleva el director como ha prometido, no hay nada de lo dicho. Pero no confíes mucho en las palabras de

ese hombre. Todos los directores de presidio son iguales. Falsos y caprichosos. Lo mismo te dan un golpecito en un hombro que te envían a las mazmorras de castigo.

Michel fumaba silenciosamente. No le importaba lo más mínimo lo que el maestro le estaba diciendo. Lo mismo dentro que fuera del presidio aquella vida le estaba resultando muy aburrida. Ni una cartera que birlar, ni un reloj del que tirar con la punta de los dedos. Con razón decían que la "Isla del diablo" era una muerte.

Los demás presos, más optimistas y menos desconfiados que Jacques, felicitaron a Michel efusivamente.

—Chico, te envídio. En casa del director, cuando menos, te darás grandes banquetes mientras nosotros tenemos que apechar con el indecente rancho.

Al día siguiente, el director cumplió su promesa.

Mandó que compareciera Michel y lo condujo a su domicilio.

Acompañaban al director dos guardianes. Nunca iba solo. Cuando no lo custodiaban dos, lo custodiaba uno.

Generalmente, el acompañante o uno de los dos acompañantes llevaba una sombrilla abierta para proteger la tosca cabeza del señor Duval de los ardientes rayos solares.

Cuando llegaron, la señora de Duval estaba, como de costumbre, trabajando.

—Ya te he buscado un buen servidor. ¿Qué te parece?

Y el director señalaba el vestíbulo, de donde Michel, un poco azorado, no se había atrevido a pasar.

No esperaba encontrarse ante una mujer tan joven y tan bonita. Creía que la señora de Duval sería una cuarentona tan antipática y desagradable como su marido.

Y he aquí que se veía de pronto ante una mujercita delicada y bella como una flor. Parecía una muchachita soltera en espera del primer novio.

Todo esto le sorprendió y le desconcertó, especialmente cuando la señora de Duval alzó los ojos y los clavó en él con una expresión inocultable de terror.

Sí, se estremeció, sintió miedo al ver aquel rostro sin afeitar, aquel uniforme de presidiario...

El director, leyendo en su pensamiento, explicó:

—No ha asesinado a nadie. Es un simple carterista.

Estas palabras tranquilizaron al amita de la casa.

Entonces observó al condenado con espíritu más frío y jus-

ticiero y pudo advertir ciertos rasgos favorables: aquella confusión, aquella mirada inteligente...

—¿Qué? —inquirió el marido.

—Me parece bien —contestó la esposa.

Michel volvió al penal, pero fué para afeitarse, quitarse el uniforme y, en una palabra, ponerse presentable.

IV

Ahora ya podían comer al mismo tiempo el director y su esposa.

Michel les servía atentamente.

En vista de que Duval no esperaba a terminar el plato que tenía delante para echar mano de los nuevos, el criado decidió no sacarlos a la mesa hasta que el director hubiera dado fin al anterior.

La primera vez que hizo esto, el señor Duval le dirigió una mirada furibunda, pero acabó por aceptar aquella lección de un hombre que estaba más acostumbrado que él a comer en los restaurantes de las grandes ciudades.

Por otra parte iba tocando las ventajas de comer con más tranquilidad. Así podía saborear mejor los excelentes platos que las hábiles manos de su esposa le preparaban.

Cada vez que intentaba coger la comida con los dedos le ofrecía el tenedor y cuando se limpiaba las manos en las solapas le recordaba con un gesto que tenía al lado la servilleta.

Ya habían terminado de comer. El director estaba pletórico y optimista como siempre que se levantaba de la mesa.

Michel ya estaba comiendo en la cocina.

—¿Qué te parece nuestro criado? ¿Verdad que es una joya, mujercita?

—En efecto, Juan, me es muy útil.

—¿Ves, mujer? ¿No te lo decía yo...? Bueno, me voy. Si has de salir, que te acompañe Michel.

—He de ir al mercado.

—Pues no vayas sola. Que te lleve él la compra. Adiós, rica. rica.

Le dió una palmadita en la cara y se fué.

Ella lanzó un suspiro. Le horrorizaba la soledad, pero prefería estar sola a la compañía de aquel hombre que la tenía como un objeto solo útil para saciar sus apetitos. Raro era el día que se libraba de las insanas y bárbaras caricias del ser que la fatalidad le había deparado por compañero.

El trato de protección y superioridad que le daba, muchas veces rayano en el mimo, no era para la infeliz compensación suficiente para el martirio, repetido con tanta frecuencia, de tener que sacrificarse a la babeante luxuria de aquel hombre desprovisto de toda espiritualidad y físicamente repugnante.

Se dirigió a la cocina.

—Michel—dijo antes de entrar—. Prepárese para acompañarme al mercado.

Pero al ver que estaba comiendo, rectificó:

—No, no. Ya iremos después. Termine de comer.

—Ya estoy acabando.

—Coma tranquilo.

Se fué.

Apenas notó que los pasos de su amita se alejaban, terminó de comer en dos bocados y se preparó para acompañarla. Esto era para él mucho más grato que comer, aun cuando, como entonces, tenía apetito.

—¿Ya ha terminado de comer?

—Sí, señora.

—No me gusta que mienta ni que sea desobediente. Le he dicho que comiera con tranquilidad.

—Le aseguro, señora...

—Una cosa es la fidelidad y otra el sacrificio.

Hablaban en un tono autoritario, pero no desprovisto de dulzura, que a Michel parecía una caricia.

Bajó la cabeza con un gesto de sumisión.

—Le prometo no volverlo a hacer, señora.

—Vamos.

Salieron.

Habieron de andar un buen trecho para llegar al mercado.

Michel llevaba el cesto y el bolso de la señora de Duval con el dinero.

Por primera vez se le hacía objeto de esta confianza.

El efecto de ella fué contradictorio en el alma de Michel.

De un lado, sintió una profunda gratitud; de otro, la tentación, también profunda e irrefrenable, de renovar sus actividades tanto tiempo interrumpidas.

El robo constituía para él algo así como un vicio.

Luchaba con la tentación. La señora de Duval iba delante y él detrás a una distancia prudente y respetuosa.

Después de unos momentos de aturdimiento y vacilación, sus dedos abrieron el bolso. Sacó un billete y se lo guardó en el bolsillo.

Había triunfado aquella pasión extraña que le impulsaba a apoderarse de lo ajeno.

V

Pero el triunfo fué momentáneo.

La lucha resurgió impetuosa en el alma de Michel.

Y restituyó el dinero al bolso de su amita.

No sólo porque era ella, la mujer que de tal modo endulzaba sus pensamientos e iluminaba su vida, sino porque aquella persona había depositado en él toda su confianza y no era merecedora de semejante traición.

Pasaron por delante de un puesto que se dedicaba a la venta de monos y otros animales corrientes en el país.

—¡Qué gracioso!—exclamó la señora de Duval señalando uno de ellos.

—¿Le gusta?

—Siempre me han sido muy simpáticos estos animalitos.

—Me extraña que su marido, si lo sabe, no se lo haya comprado.

—Mi marido no se preocupa de estas cosas.

Y había en estas palabras un tono de queja que no pasó inadvertido para Michel.

Había echado a andar la dama hacia el interior del mercado, acaso para ocultar la tristeza que de súbito había nublado su semblante.

Compraron algunas cosas.

Al llegar a los puestos de pescado, le desagradó a la dama el olor que emanaba de ellos y encargó a Michel que se cuidara él de comprarlo.

—Yo le espero fuera—le dijo.

—Perfectamente.

—Que esté bien fresco.

—Descuide la señora.

Compró el pescado. Mucha cantidad y del mejor. Al señor Duval lo bueno sólo le complacía si iba unido a lo abundante.

Cuando Michel pagó, vió cómo el dueño del puesto se guardaba el billete en el bolsillo del pantalón.

Inmediatamente pasó por su pensamiento un propósito al que no tuvo tiempo de sobreponerse. Al pasar por el lado del vendedor, le quitó fácilmente el dinero que acababa de entregarle.

—Adiós, amigo—le dijo después cínicamente.

—Usted siga bien, caballero—repuso el vendedor derrochando amabilidad para atraerse al cliente.

Y Michel pensó:

“Si tú supieras lo que te ha hecho este caballero.”

De pronto se detuvo. De nuevo el agujón del remordimiento, aquel sentimiento que nunca había experimentado en casos semejantes, se clavó en su alma.

Sin que supiera exactamente por qué, lo que hasta entonces le había parecido natural ahora le parecía detestable.

No se habría atrevido a mirar a la cara a la señora de Duval después de haber robado.

Y volvió atrás y entregó al vendedor el billete.

—Tenga, hombre. Es suyo.

El dueño del puesto le miró extrañado. Después se llevó la mano al bolsillo donde se había guardado el billete y su estupefacción aumentó al ver que no lo tenía.

—Tenga y guárdeselo bien. Ha sido una broma.

Pasado el primer momento de sorpresa el vendedor se echó a reír e incluso dió una palmadita en el hombro del cliente.

—¡Qué bromista es usted!

Ya se dirigía al encuentro de la señora de Duval, cuando volvió a detenerse al ver los monos.

El que tanta gracia había hecho a su dueña continuaba en primer término, haciendo monadas.

Se quedó un momento pensativo.

—Y si lo comprara?

Desde luego no podía ser con su dinero porque no tenía un céntimo. Pero ¿sería un delito gastar dinero de ella para hacerle un regalo a ella?

Y esta vez sí que no pudo sobreponerse a la tentación de sacar del bolso un billete para no restituirlo.

Adquirió el mono y se fué alegramente en busca de su amita para entregárselo.

No la vió a la entrada del mercado.

Y cuando estaba preguntándose qué le habría ocurrido, vió que ella le hacía señas desde un malecón cercano.

Cargado con la cesta y con el mono, corrió hacia ella.

VI

—Tenga. Se lo regalo.

Ella miraba al mono con una mezcla de sorpresa y de alegría.

—¿De dónde lo ha sacado usted?

—Lo he comprado para usted.

—Muchas gracias—dijo la señora de Duval, con sincera gratitud.

Y cogió el mono en brazos.

Le hizo algunas caricias. Después se lo quitó Michel.

Ella dijo sin mirarle:

—Mi marido no hubiera tenido nunca esa delicadeza.

Y su mirada se perdió en la inmensidad del mar, cuyas olas batían la escollera rumorosamente.

También Michel guardó silencio, pensativo.

Preguntó por fin:

—¿Hace mucho tiempo que están casados?

La señora de Duval se había sentado en un banco de piedra.

—Poco tiempo—contestó.

Y añadió, después de una pausa:

—Pero a mí me parece que hace un siglo.

El experimentaba unos deseos enormes de preguntar. Pero, por primera vez en su vida, tenía la preocupación de mostrarse discreto.

—¿Por qué se ha casado usted con un hombre que le dobla la edad?—dijo al fin.

—Todo se confabuló contra mí para que así sucediera. Eramos siete hermanos y nuestros padres apenas ganaban para tres. Una situación angustiosa. Es un caso que se repite con frecuencia. Duval vino al pueblo y se hizo amigo de casa. Se enamoró de mí. Me propuso que nos casáramos. Yo le rechacé, pero mis padres me convencieron de que debía aceptar. Era un buen partido. También esto es frecuente. Un buen partido para la familia y un calvario para la que se casa.

Calló. Le pareció a Michel que el brillo de los ojos se intensificaba bajo el fulgor de una lágrima furtiva.

Las olas seguían batiendo las rocas con rumores bravíos, acompañadas y monótonas, indiferentes a la tormenta espiritual que cerca de ellas se estaba desencadenando.

—Es triste—comentó Michel.

—A veces, desesperante. ¿Podría usted vivir en la intimidad y en continuo roce con una mujer a la que no amase?

—De ningún modo.

—¿Y si esa mujer, además, le repugnara?

—Sería horrible. No sé si tendría paciencia para...

Iba a decir para serle fiel, pero calló al comprender que ello equivalía a dar un mal consejo a la señora de Duval y, sobre todo, a echar leña al fuego de la desesperación.

—He conocido algún caso como el suyo—mintió Michel, con el único propósito de confortarla.

—¿Como el mío?

—Exactamente.

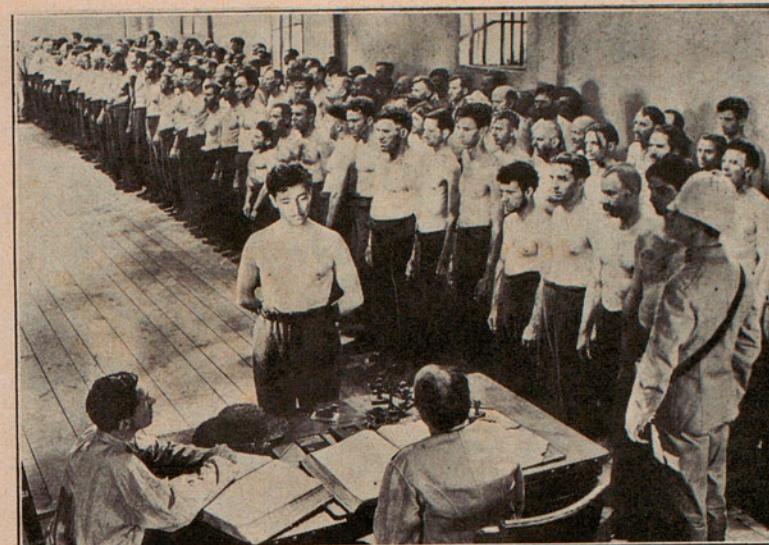
—Yo dudo que fuera tan triste como el mío.

—Todos los que sufren alguna desgracia creen que ellos son los más desgraciados del mundo.

—¿Y qué recomendaba usted a las que estaban en el mismo caso que yo?

—Les aconsejaba paciencia y esperanza en un porvenir mejor.

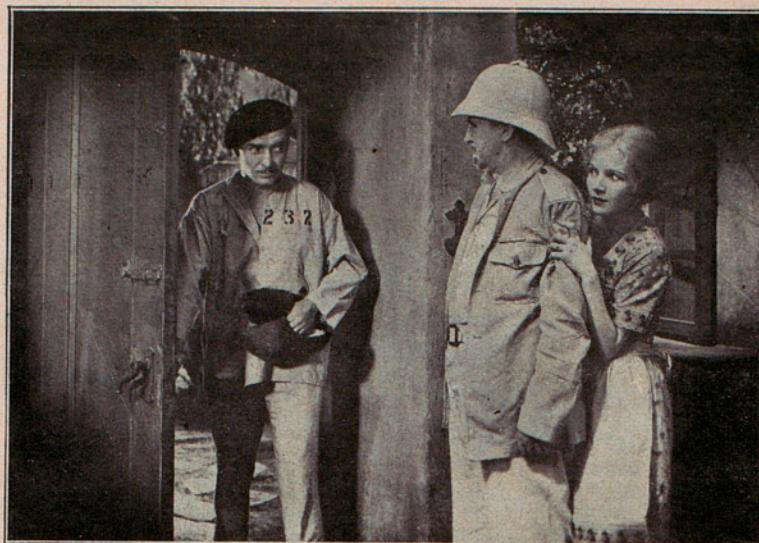
—¿Cómo es posible si los lazos del matrimonio me atan?



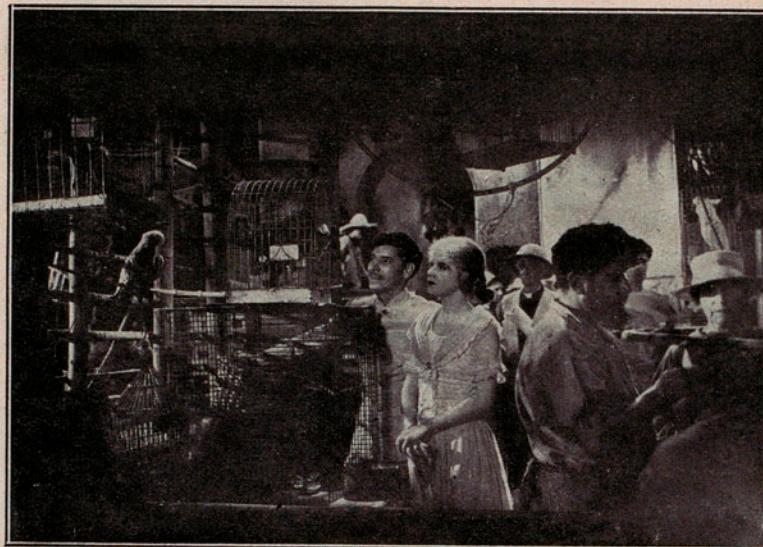
... le tocó el turno a un joven llamado Michel.



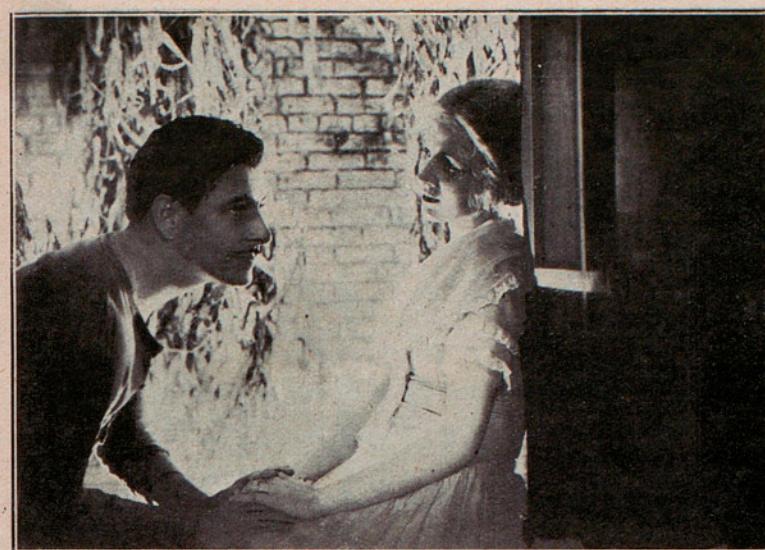
—Te traeré un preso...



No esperaba encontrarse ante una mujer tan joven y tan bonita.



—¿Le gusta?



—¿Quién no tiene un sueño u otro en la vida?



Ahora estaba Michel en el jardín...



—Desde hoy estarás a las órdenes de la señora.



—Te esperaré siempre, Michel.

—Esas cosas es la providencia las que las resuelve y los planes de la providencia son siempre secretos.

—Usted habla así para confortarme.

—Mi mayor deseo sería conseguirlo.

—Le será muy difícil.

—¿Por qué no busca usted el consuelo pasando una temporada con los suyos?

—¡Si eso pudiera ser!...

—¿Quién se lo impide?

—El.

—¿Su marido?

—Sí.

Y un nuevo silencio siguió a este monosílabo.

—Teme que no vuelva y hace bien en temer.

—¿Sería usted capaz de huir? —inquirió Michel, disimulando el agrado que tal propósito le producía.

—Lo deseo fervientemente.

—Pero ¿su marido?

—Me rebelo a este suplicio. Tengo derecho a vivir. Sin duda carezco de la virtud de los mártires.

—Pero lo que a veces se cree un propósito no es más que un sueño.

—Si es un sueño que no se realizará, nunca me habrá servido para hacerme esta vida más soportable.

—Es para lo que suelen servir los sueños.

Miró a la señora de Duval de un modo extraño y añadió:

—¿Quién no tiene un sueño u otro en esta vida? Un sueño es como un avión de alas de plata y perfección maravillosa que nos permite remontarnos en un segundo a las regiones de la felicidad. El sueño es el compañero delicioso de nuestras horas de soledad y de silencio. Lo sé por experiencia. Yo también tengo un sueño. Antes no lo tenía. ¡Y qué diferente es mi presente a mi pasado! Por las noches, cuando me refugio en la soledad y en la sombra de mi dormitorio, cuando soy dueño de mi tiempo, llamo a ese amigo amable y vivo con él horas inolvidables.

Ella hacía esfuerzos para disimular su turbación.

—No ha pensado usted en huir de aquí?

—Lo pensé al llegar, pero ahora ya no lo pienso.

—¿Por qué?

—Porque lejos de aquí no encontraría lo que aquí he encontrado.

Aumentó la turbación de la señora de Duval.
Se había levantado.

—Es hora de que regresemos—dijo.
Y echó a andar.

El se quedaba atrás como al salir de casa, pero ella le esperó.
Y regresaron charlando amistosamente.

VII

Las comadres del pueblo los habían visto. Era lo peor que podía ocurrirles. Eran pocas, pero una noticia en labios de ellas encontraba medios de difusión más rápidos que el telégrafo.

—¡Qué desvergüenza!—exclamó uno de ellas—. Su marido trabajando y ella flirteando.

—Por algo se ha elegido ese criado tan buen mozo.

—Cada cual es dueño de hacer lo que le venga en gana. Pero hay derecho a pedir un poco de decoro.

—Eso mismo digo yo. Que se vayan a su casa a pelar la pava. Allí no dan el mal ejemplo a nuestras inocentes hijas.

—Y salen ganando, porque están más solos.

—Eso no, porque hay algunas tan cínicas y perversas que les gusta desafiar el peligro.

—Es verdad.

—Menos mal que ya se van.

—Ahora que ya han dado el escándalo.

—Ese infeliz de Duval.

—Mucho genio para unas cosas y tan poco para otras.

—Eso no lo sabemos. Sin duda no está enterado.

—Pues no puede tardar a enterarse. ¡Son tan imprudentes!

—Después dicen que hay demasiados crímenes pasionales.

—¡Ya, ya!

Y en este tono siguieron murmurando hasta que la señora de Duval y Michel se hubieron perdido de vista.

Al día siguiente todo el pueblo estaba enterado de que la señora de Duval engañaba a su marido con su criado.

Y las comadres volvieron a reunirse para sacar el máximo partido a lo que habían visto la tarde anterior.

—Eso acabará cuando un día regrese el marido antes de la hora acostumbrada y los sorprenda en dulce coloquio.

—Pues yo creo que si salen es precisamente para evitar ese peligro.

—A nadie se le ocurre pensar que puedan permanecer en casa como dos santos.

—Eso se puede comprobar fácilmente. Ahora están solos en casa. Las tapias del jardín no son tan altas que no se pueda echar un vistazo por encima de ellas.

—Muy bien pensado. Así saldremos de dudas.

Y las comadres se dirigieron a la casa de Duval.

Asomaron la cabeza por encima del cercado y lo que vieron fué precisamente una prueba de que Michel y la señora de Duval, acaso porque se amaban de veras, se respetaban.

El estaba en la cocina, con la ventana abierta. Ella en sus habitaciones, cuyas ventanas estaban también abiertas, estaba absorta en sus quehaceres.

Ninguno de los dos parecía preocuparse del otro, por lo menos en el sentido que las murmuradoras les atribuían.

Pero eso no obstó para que comentaran:

—¡Pobre Duval!

—¡Pobre!

Y todas lanzaron esta misma exclamación, aunque ninguna trató de explicarla.

Contrariadas por este fracaso, cuyo secreto guardaban avaramente, volvieron al siguiente día a sus puestos de espionaje.

Ahora estaba Michel en el jardín, cuidando las plantas. Ella, no muy lejos, recogía flores.

No se preocupaban uno de otro. Cada cual realizaba con atención su trabajo.

Y esto acabó de exasperar a las comadres.

—Cuando uno está dentro de la casa, ya se sabe que el otro lo está también. Y cuando uno está en el jardín, en el jardín está el otro.

—¡Es una desvergüenza!

—Si él no se entera habrá que tomar una determinación.

—¡Claro que sí! Este espectáculo no puede tolerarse.

—Ni más ni menos.

—Pero hay que tener prudencia. Siquiera sea por él.

—Es verdad. ¡Pobre Duval!

—¡Pobre Duval!

Y una de ellas dió un codazo a la que estaba a su lado. Esta trasladó la señal a la otra y todas, conforme la iban recibiendo, se iban voviendo y se iban quedando asombradas al ver a Duval.

Una alegría íntima y cruel las dominaba al deducir que Duval había oído las significativas exclamaciones.

En efecto, el director del presidio lo había oído todo y la duda y los celos habían hecho presa rápidamente en su alma celosa.

Dirigió a las murmuradoras una mirada furibunda y entró en la casa sin ocultar su gran agitación.

VIII

Los guardianes que le acompañaban se habían quedado en la puerta de la casa.

La señora de Duval al ver a su marido había ido a su encuentro.

—Entra. He de hablar contigo—le dijo él secamente.

Ella obedeció con aquella sumisión que siempre le había demostrado.

—Acabo de enterarme de todo—exclamó el esposo fieramente.

—No sé a qué te refieres.

—¡Vaya si lo sabes!

—Te aseguro...

—¡Calla, infame! Debí suponerlo. Con esa cara de niña inocente me has engañado.

—¿Qué yo te he engañado? ¿En qué?

—¿Es que tampoco sabes lo que quiere decir engañar a un marido?

—¡Qué disparate!

Y advirtiendo la excitación de su marido, se aprestó a auxiliarle.

—¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo? Acuéstate.

Pero él la apartó de un empujón.

—No trates de seguir la farsa, porque esto se ha acabado. Sé que me engañas con el criado.

—¡Quien te ha engañado es el que te ha contado semejante infamia!—protestó la señora de Duval enérgicamente.

—Pero ya te he dicho que esto se ha acabado.

En este momento se presentó Michel. Como Duval hablaba en su exasperación a voz en grito, se enteró de lo que ocurría y no pudo menos de salir en defensa de ella.

—Acaso no era verdad que el pensamiento de los dos estaba limpio de pecado?

Se presentó en la habitación donde tenía lugar la disputa.

Pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra de su defensa, el director se encaró con él y le dijo ferozmente:

—¡Tú a mi despacho y espérame allí!

—Quería decirle, señor director...

—¡No tienes que decirme nada!

Llamó a los dos guardianes que le habían acompañado y les encargó condujeran a Michel a su despacho de la cárcel.

En vista de la actitud que su marido había adoptado, la señora de Duval comprendió que todo intento de defensa sería inútil y se fué a su habitación.

Cuando el director llegó a su despacho ya estaba allí, esperándole, Michel.

La actitud de éste era de disgusto, pero tranquila.

No tenía nada que reprocharse. Amaba a la esposa del director, pero con un amor secreto y puro, muy elevado y muy limpio.

No había abusado de la hospitalidad que el señor Duval, no por impulso de su bondad, sino de su conveniencia, le había brindado.

En cambio, el director parecía un poseído del demonio.

Una risa satánica se escapó de sus labios al encararse con Michel.

Exclamó:

—¿Qué otra cosa se podía esperar de un presidiario?

El soportó sin inmutarse este calificativo que ahora le parecía un insulto. —Acaso no era un presidiario? —Acaso no había merecido serlo?

Calló, mientras Duval añadía:

—Te abrí las puertas de mi casa y tú correspondiste a mi hospitalidad y mi indulgencia haciendo el amor a mi mujer.

—Le aseguro a usted que...

—¡Silencio! ¡Cuando habla el director, los reclusos se callan!

—En este caso me rebelo. No puedo obedecer.

Duval lanzó una risotada siniestra.

—¿Conque te rebelas, eh?

—Sí, señor. Lo que usted dice no es cierto y tengo que protestar. Ni su esposa ni yo somos dignos de que usted sospeche que le hemos traicionado.

—¿Y te permites defenderla? Esa es la mejor demostración de que es una cualquiera.

El insulto a la mujer que tanto amaba y respetaba produjo a Michel un efecto inmediato.

Se irguió iracundo, dirigió al director una mirada amenazadora y antes de que esta muda amenaza llegara a Duval, ya había recibido un directo en el mentón que le hizo rodar por el suelo.

Se levantó dolorido. Los dos guardianes, que por orden del director no se habían separado de la puerta, se habían apresurado a entrar y sujetaban a Michel.

—¡Llevadlo a una mazmorra de castigo! —rugió Duval.

Y añadió, encarándose con Michel:

—¡De allí no saldrás hasta que te pudras!

Se lo llevaron inmediatamente.

Las mazmorras de castigo en aquel presidio donde no había celdas era algo espantoso.

El que entraba en una de ellas y salía vivo y sin haber contraído alguna grave enfermedad era considerado como un héroe.

No tenían más acceso que un boquete en el techo, el cual correspondía al suelo de un patio del presidio.

El boquete estaba cubierto por una reja que se abría y se cerraba a modo de puerta. Por allí entraban y salían los presos castigados. Por allí entró Michel.

La luz del día no llegaba allí más que en débiles y lejanos reflejos.

Le pareció a Michel que se había hundido en un mar de tinieblas.

Cuando sus ojos se fueron acostumbrando a aquella soledad, oyó una voz que le preguntaba:

—¿Quién eres, vecino?

Michel comprendió que la pregunta se la dirigía el que ocupaba la mazmorra inmediata y le dió su nombre.

—¿Cómo?

Michel lo repitió.

—No te oigo. Acerca la boca a la reja. Para eso no tienes más que cogerte a los barrotes y subir.

Obedeció y entonces comprendió el nombre el vecino.

—Bien se ve que eres nuevo en estos salones —dijo el compañero de Michel—. Yo, en cambio, los he visitado varias veces. Los más valientes se echan a llorar cuando les hablan de las mazmorras. Yo me echo a reír. Escucha.

Y lanzó una risotada que resonó siniestramente en el patio del presidio.

Michel no tenía ganas de hablar. Otros asuntos más importantes que los que su vecino pudiera exponerle, absorbían sus pensamientos.

—¿Quieres que nos escapemos? —preguntó el vecino.

—No me interesa —contestó Michel.

—Que te pusieran en la puerta y veríamos si te quedabas.

—A lo mejor, sí.

—¡Vaya un chisgado! Pronto ha empezado a producirte efecto la mazmorra. No has recho más que entrar y ya estás delirando.

Pero Michel cortó la conversación con un seco adiós y volvió a la profundidad tenebrosa de su subterráneo encierro.

IX

El director había dejado dicho en las oficinas del presidio que le enviaran un nuevo criado.

Y tuvo buen cuidado de especificar:

—Pero que no tenga contemplaciones con las mujeres.

Y el empleado, con muy buen acuerdo, pensó en Jacques. ¿Qué mejor garantía que lo hecho con su mujer para demostrar que no tenía contemplaciones con el bello sexo?

Y se lo enviaron.

Cuando Jacques llegó a casa del director acompañado de dos

soldados, la señora de Duval estaba barriendo mientras su marido fumaba sentado indolentemente en un sillón.

Al ver la cara de Jacques, el director se frotó las manos júbilosamente. Un bruto así le convenía.

—¡He aquí tu nuevo criado! —dijo a su mujer con tono burlón. Y a Jacques:

—Desde hoy estarás a las órdenes de la señora.

Jacques se precipitó sobre la señora de Duval y se apoderó con un gesto brutal de la escoba.

Se puso a barrer con movimiento de gorila.

La señora de Duval estaba amedrentada. El marido, en cambio, reía gozosamente.

—No esperabas tú esto, ¿verdad? No iba a ser tan tonto que te enviara otro niño bonito para que flirtearas con él.

Ella, con un gesto de desagrado, fué a marcharse. El la detuvo.

—No te gusta oír hablar de eso, ¿verdad? Si no hubieras cometido la desvergüenza no tendrías que arrepentirte de ella.

La señora de Duval se revolvió iracunda, ofendida por las groseras palabras de aquel hombre detestado.

—No te he engañado, pero te engañaré, porque lo mereces.

—¡Miren la mosquita muerta! Además de una cualquiera nos resulta una cínica.

—Contigo sí, porque te odio —replicó la señora de Duval perdiendo el último resto de su paciencia—. Te odio y amo a Michel.

El señor Duval rió siniestramente.

—Lo que acabas de decir os costará caro a los dos. A él le mataré como a un perro. A ti te perdonó la vida y te enviaré con tus padres. Bastante tendrás con no saber lo que le estará sucediendo aquí a tu amor.

Y rugió:

—¡Jacques!

Acudió éste con presteza.

—Ayuda a preparar el equipaje a esta mala pécora.

—Está bien, señor director.

Al mismo tiempo, el señor Duval había cogido el sombrero. Salió de la casa. Ya se dirigía la joven esposa a su cuarto en busca de las maletas, cuando sintió que la cogían de un brazo.

Se sobresaltó al ver que era el nuevo y brutal criado.

—No se asuste —le dijo Jacques—. Yo soy amigo de Michel y estoy dispuesto a ayudarla.

El asombro había inmovilizado a la señora de Duval.

Añadió Jacques:

—Allí todo se sabe en seguida. Me he enterado de que Michel está en una mazmorra y por qué lo han encerrado allí. ¿Quiere que le lleve algún recado?

—Sí —repuso recobrándose la señora de Duval—. Voy a preparárselo.

Escribió una renglones nerviosamente, cogió dos paquetes de cigarrillos de su esposo, envolvió ambas cosas en un papel y entregó al criado el envoltorio.

—¿Puede hacer llegar esto a manos de Michel?

—Sí, señora, pero hay que vencer la resistencia de los centinelas. Eso es fácil. Con unos billetes todo arreglado.

La señora de Duval entregó el dinero a Jacques y éste fué a cumplir el encargo inmediatamente.

Con los billetes consiguió que el centinela que hacía el servicio en las mazmorras echara el paquete por la reja correspondiente al calabozo de Michel.

Este se quedó muy sorprendido al abrir el paquete y ver que contenía dos paquetes de cigarrillos.

—¿Quién podía haber tenido con él aquel rasgo de delicadeza?

Pensó en su amita, pero no se atrevió a creer que fuera ella el alma caritativa. No podía ser verdad tanta felicidad.

Vió entonces el papel. Lo desplegó y se colocó debajo de la reja para leerlo.

La carta decía:

“Mi marido me envía a mi pueblo para separarnos. Me voy mañana, en el barco que partirá a última hora. Pero, lejos o cerca, siempre me acordaré de ti.”

La emoción de Michel fué tan profunda al saberse amado por la mujer que adoraba, que los ojos se le llenaron de lágrimas. El no se habría atrevido a decírselo nunca. Y ella, acaso comprendiéndolo, había tenido con él aquel rasgo de sinceridad que le hacía feliz.

Después se dió a pensar en su marcha.

Se iba. Excelente ocasión para reunirse con ella si estuviera libre. Podía divorciarse de su marido y casarse con él. Este pensamiento le hizo estremecerse.

Y en seguida, como un jarro de agua fría, se presentó a su margen la triste realidad, la imposibilidad de llevar a cabo sus anhe-

los... por lo menos hasta que cumpliera la condena. ¿Cuánto tiempo había de transcurrir para ello?

Ni siquiera quiso pensarlo. Una eternidad. Un plazo muy superior a su paciencia.

Y entonces recordó la proposición de su vecino. "¿Quieres que huyamos?"

De un salto, se agarró a los hierros de la reja. Y llamó al compañero de infiernos.

X

—¿Dices que tienes un plan para que nos fuguemos?

—Sí.

—¿En qué consiste?

—Por la tarde, a la hora del paseo. Pero hay que jugarse la vida y no me siento con ánimos. Hay que echar a correr. Eso es todo.

—Si no quieras escaparte tú me escaparé yo. ¿Quieres ayudarme?

—Ya lo creo. Me alegraré mucho de que puedas escapar.

Michel permaneció un momento pensativo. Su inventiva trabajaba febrilmente. Todas las tardes sacaban a los presos de las mazmorras y, en formación y estrechamente vigilados por varios individuos de tropa, les hacían dar una vuelta por el extenso recinto amurallado del presidio. El plan surgió en su mente con la rapidez del relámpago.

—Mañana, durante el paseo, haz como si te volvieras loco. Los soldados se ocuparán de ti y este momento lo aprovecharé yo para darme a la fuga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Ahora, que no te respondo de hacer un papel de loco como lo habría hecho Zacconi en sus mejores tiempos.

—No te preocupes. Por pronto que vengan a darse cuenta, ya estaré yo muy lejos de la fila.

—Entonces no hay más que hablar.

Al día siguiente todo salió a pedir de boca.

El cómplice de Michel comenzó a lanzar gritos y dos de los soldados se abalanzaron sobre él. Pero el preso comenzó a repartir puñetazos y tuvieron que acudir todos los demás guardianes.

Michel comprendió que en aquel momento se jugaba la vida. Si le veían huir estaba perdido. Pero si lograba llegar hasta el patio contiguo para ocultarse, las probabilidades de salvación aumentaban considerablemente. Los guardianes no se darían cuenta de su falta hasta que pasaran lista antes de devolver a los presos a las mazmorras y con todo esto habría pasado el tiempo suficiente para que él saltara los muros del presidio, donde la vigilancia era casi nula.

Y así sucedió.

Michel logró ocultarse sin que le vieran. El, en cambio, vió cómo sus compañeros se alejaban en dirección a las mazmorras.

Cuando pasaron lista ya estaba él fuera del presidio y en escondrijo seguro, con el cual no consiguieron dar los soldados a pesar de que le buscaron durante dos horas infatigablemente.

Entretanto, Michel había logrado llegar hasta la casa del director. Aprovechando la oscuridad de la noche pudo entrar por una ventana sin ser visto y después de cerciorarse de que el señor Duval no estaba allí.

La esposa del director no pudo reprimir un grito de asombro al verle:

—¡Michel!

Y Jacques no ocultó su alegría:

—¡Olé los hombres valientes!

—¿Cómo has logrado escaparte?

—Ya te lo contaré. Ahora dime: ¿cuándo te vas?

—Dentro de media hora debe partir el barco. Todo mi equipaje está preparado.

—Pues bien, nos reuniremos en...

Pero no tuvo tiempo de acabar. En esto momento llegaron los soldados que el director enviaba para que trasladaran a bordo los baúles de su esposa.

Esta ocultó a Michel en la cocina y dijo a los soldados que se llevaran los baúles y que la esperaran a la puerta.

Cuando los soldados se hubieron marchado, Michel acabó de exponer sus planes a la señora de Duval.

—Nos veremos en el primer puerto en que el barco haga escala, es decir, al otro lado de la isla.

—¿Cómo irás tú hasta allí?

—A través de la selva.

—¿Crees que llegarás? —dijo la señora de Duval sin poder ocultar su temor.

—Después de la carta que me enviaste todo me saldrá bien, estoy seguro.

Alentados los dos por esta confianza de Michel, se separaron.

Ella se fué a bordo. El, acompañado de Jacques, se dirigió a la costa. Allí lograron robar una canoa e hicieron parte del camino por el mar. Con ello se ahorrarían muchos kilómetros de camino a través de la selva.

Y cuando ya estaban a punto de terminar su viaje marítimo, se dieron cuenta de que una gran canoa les perseguía. Era que el director, al enterarse de la fuga de Michel, se había lanzado inmediatamente en su busca, organizando una batida en toda regla, pues mientras él recorría la costa con ocho o diez soldados, otras patrullas habían salido en todas direcciones para seguir buscando en las inmediaciones del presidio.

Por un momento, Michel creyó que sus planes habían fracasado.

—Nos alcanzarán —dijo—. La canoa de ellos corre más que la nuestra.

—Si me hubieras hecho caso a mí y no te hubieras alejado tanto de la costa!

—No es hora de lamentaciones, sino de procurar salvar el pellejo.

—Si logramos llegar a la costa antes que ellos, nos internaremos en la selva y estaremos salvados.

Ya empezaban a disparar los perseguidores.

—¡Cómo llueven las balas! —corrió Jacques—. Si lo llego a saber me traigo un paraguas.

Cuando llegaron a la costa, sólo les separaban de los perseguidores unos cincuenta metros.

—Estamos salvados! —gritó Jacques alegremente.

Y saltó de la barca cuando ya Michel lo había hecho.

Echaron a correr los dos hacia la selva y pronto se sumergieron en aquel laberíntico mar de vegetación.

—Les despistaremos —dijo Michel.

Y fué arrojando objetos de su menguado equipaje en una dirección determinada para volver luego atrás y seguir otra.

El ingenio de Michel dió sus frutos. Media hora después, el

director estaba convencido de que no logaría dar con el fugitivo. En cambio, tuvo un relámpago de lucidez. Si había huído era sin duda para reunirse con su esposa, y, a buen seguro, en el barco donde ella iba.

Dió la busca por terminada.

—¡Volvamos a la canoa! —ordenó—. Sé muy bien cómo encontrar a ese canalla.

Fué al puerto donde el barco había de hacer escala. Allí precisamente habían quedado Michel y su amada en reunirse. Pero esto lo ignoraba el director.

Estuvo hablando con el capitán. Le contó lo ocurrido y le preguntó si un hombre de las señas personales de Michel iba en el barco.

El capitán contestó negativamente.

—Entonces, lo más probable es que embarque en este puerto. Le ruego estreche la vigilancia.

—Así lo haré.

Poco después, la señora de Duval, acodada en la borda, miraba en todas direcciones, con la esperanza de descubrir en algún rincón del misero puerto a Michel.

Y experimentó una profunda emoción al verle oculto entre unas mercancías, muy cerca del buque.

Le dijo por señas que esperara. Fué a su camarote y reapareció muy pronto con un paquete que arrojó a Michel.

Este lo desenvolvió y vió que era un abrigo. Comprendió la previsión de su amada. No iba a subir al barco con el uniforme del presidio.

Se puso el abrigo y subió a bordo al mismo tiempo que otros viajeros que habían bajado a dar un paseo por el muelle.

Jacques había quedado en esperar hasta que Michel le llevara ropas adecuadas.

Si dirigió Michel hacia la bien amada y ésta, trémula de emoción, le condujo a su camarote, donde le dió ropas nuevas y lo necesario para que se afeitara.

Una hora después, Michel estaba transformado. Parecía un gentleman con su jipi y su traje nuevo.

Pidió a su amada algunas ropas para llevárselas a Jacques,

pero, antes de que ésta pudiera buscarlas, la puerta del camarote se abrió y apareció el rostro siniestro del director del presidio.

La señora de Duval quedó inmóvil y pálida a consecuencia de la sorpresa.

El director sonreía de aquel modo siniestro que le era peculiar.

—¡Hay que hacer las cosas con un poco más de disimulo!— dijo triunfalmente.

Varios soldados se habían apoderado de Michel y lo sacaron a cubierta.

Entonces, la señora de Duval, en un arrebato de indignación contra su marido y de amor hacia Michel, le echó los brazos al cuello, al mismo tiempo que exclamaba:

—Te esperaré siempre, Michel. Cuando termines la condena ven a buscarme.

El director, apoyado en la borda, de espaldas al mar, seguía riéndose.

Pero su risa duró muy poco. Jacques lo había visto todo desde su escondrijo. Jacques había llegado a estimar a Michel y en cambio detestaba al director. Concibió un plan que puso en seguida en práctica. Se acercó, arrastrándose para no ser visto, al casco del buque. Al lado de donde Duval se había apoyado había una escalerilla. Jacques subió cautelosamente por ella y, de pronto, rodeó con sus fuertes brazos al director. Después se lanzó al agua sin soltar su presa.

Retuvo debajo de la superficie la cabeza del director mientras sacaba la suya para respirar. Duval se debatía furiosamente, pero Jacques, más fuerte que él, le dominaba.

Los soldados acudieron a la borda comprendiendo el peligro en que se hallaba el director. No vieron rastro de él ni de Jacques, pues éste había logrado ocultarse debajo de la curva que formaba la popa y tuvieron que buscarle y tomar posiciones en el muelle.

Con todo esto había transcurrido el tiempo suficiente para que el cuerpo de Duval experimentara su última y agónica sacudida.

Y ya iba Jacques a darse a la fuga nadando cuando los soldados dispararon sus rifles y una bala alcanzó al preso en la cabeza.

El rostro de éste se crispó en un gesto de dolor. Pero antes de morir tuvo el consuelo de ver la cara de sus amigos que le mi-

raban desde la borda. Con un supremo esfuerzo sacó el brazo y les dijo adiós.

Ellos correspondieron a este gesto, pero ya era demasiado tarde. El cuerpo del valiente Jacques flotaba ya como un fardo sobre las aguas sucias e inmóviles como las de una charca cenagosa.

Habían pasado algunos años.

Michel se dirigía al pueblo donde ella le había prometido esperarlo siempre. Antes que él había llegado una carta anunciando el feliz viaje y Michel, asomado a la ventanilla, veía con creciente emoción cómo el tren iba acercándose al blanco pueblecillo donde le esperaba la felicidad.

El tren se detuvo por fin.

Por un momento reinó en el andén la confusión consiguiente. Habían bajado muchos viajeros. Y Michel buscaba con ojos anhelantes el rostro de su amada entre aquella vociferante multitud.

El andén se fué vaciando. Llegó un momento en que no quedó en él una sola persona.

—No ha venido—pensó.

Pero apenas hubo terminado de pasar por su pensamiento esta idea desoladora, vió allá lejos, en el otro extremo del andén, la figura inconfundible de ella.

Los dos se reconocieron en seguida y los dos corrieron para fundirse en un abrazo que fué como la mutua compensación que se ofrecían por las penalidades pasadas.

Un abrazo que nada ni nadie pudo impedir.

Un abrazo que fué como el preludio de una nueva era de paz y felicidad para aquellos corazones que tan fervorosamente se amaban.

FIN

Números publicados:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Bárbara Stanwyck, Adolphe Menjou, etc.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon, etc.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat,

PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson y Loretta Young.

MARIDO INFIEL, por Fritz Schulz, Paul Horbiger y Lucie Englisch.

CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.

Acaba de aparecer en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

El proceso Dreyfus

— y —

La vida de un gran artista

Esta semana:

El último varón sobre la tierra

por Rosita Moreno y Raoul Roulien

1000

E. B.